

pública Argentina la costumbre de que cuando concluye la tirada de un boletín, se anuncia ésta con multitud de cohetes y camarazos para que la gente lo sepa y acuda á comprarlo, y en seguida se espere una turba de muchachos por toda la ciudad pregonándolos.

Ya desde principios de Junio, los momentos eran contados para la ruptura de las hostilidades.

La línea que ocupaban las fuerzas del gobierno del Estado, estaba reforzada con sus correspondientes defensores, llenos de ardimiento y entusiasmo, y al otro extremo Sud de la plaza de armas, en el palacio del Ejecutivo, se veían las tropas de línea acuarteladas.

Las familias vecindadas en Flores, la Tacubaya de la capital, se venían al centro, huyendo de ese lugar en donde se iban situando las fuerzas que llegaban de auxilio á Avellaneda y en el que probablemente se daría la batalla.

Otras salían de la ciudad para los distintos puntos del Sur, porque se creía fundamentalmente que hasta allí se exten-

derían las operaciones militares, y en todos se veían señales de alarma, de inquietud y de turbación, especialmente en las familias que tenían un padre, un hijo ó un esposo en las filas de los defensores de Buenos Aires.

No se veían en las calles sino soldados, carruajes que entraban y salían, equipajes, madres y esposas desoladas en las casas, llorando por sus deudos, y en fin, confusión y desorden.

El 5 ó 6 de Junio, salió el presidente de la ciudad, encaminándose á Flores, y á poco comenzaron las pequeñas escaramuzas, anunciando que próximamente se entablaria la lucha en toda forma.

En esta temporada trabajaba en el Teatro de «Colon» de Buenos Aires, el primero de la ciudad, una excelente compañía de ópera, compuesta de un personal numeroso, dirigida por su empresario Ferrari.

Al estallar la revolución, tuvo éste forzosamente que suspender sus funciones y dirigirse á Rio Janeiro para tra-

bajar en esta ciudad, embarcando la compañía en el mismo vapor que yo.

En efecto, salí en estos momentos de agitación y con algun trabajo, porque habia ya disposiciones por el Gobierno general de no permitir la salida á los moradores de la ciudad; pero en fin, salí como dije arriba, en una lancha que bogó por espacio de seis leguas hasta llegar á bordo del vapor que nos esperaba, llegando á las cuatro de la tarde.

A esa hora estaba ya el «Congo» con suficientes pasajeros preparados para su salida, anunciada para las seis de la tarde, y se esperaba solamente la compañía de ópera, para la que habia tomado el empresario doscientos cincuenta puestos.

Dieron las seis, las siete, las ocho y nada de llegar la tal compañía; los pasajeros estábamos impacientes; pero la noche pasó y todo el mundo se conformó por la fuerza.

Al otro día estuvieron llegando algunos más en sus botes que, mejor informados que los que nos habíamos

apresurado la víspera, de que los cantantes no saldrían, sino hasta otro día, no quisieron irse á fastidiar, sino que pasaron la noche en Buenos Aires, y nos trajeron noticias frescas de la guerra, diciendo: «que se habia dado una batalla en toda forma, en los alrededores de la ciudad, cuyas ventajas no eran conocidas aún ni por una ni por otra parte; aunque algunas personas daban el triunfo á los del Gobierno y otras á los de Buenos Aires,» como sucede en estos casos, que cada uno da las noticias que sabe ó las inventa.

Así las cosas, pasó todo el día y como á las cuatro de la tarde, aumentaron los pasajeros, y poco despues, llegó una barca grande de vapor, trayendo á los individuos de la compañía de ópera en número de doscientos cincuenta, entre cantantes de *primo cartello*, coristas, bailarinas, guarda-ropistas, escenógrafos y las mamás de algunas de las antepenúltimas.

Yo no dejé de sorprenderme del personal tan numeroso de esa compañía,

de que casi siempre se componen todas las que vienen á Sud América, respecto del que forma el de las que van á México, que solamente son las partes principales sin coros ni orquesta; pero existe una circunstancia que hace indispensable esa enorme diferencia, y es: que la música en la América Meridional, no está ni muy extendida, ni adelantada como en México.

Para ir una compañía á las repúblicas del Sur, necesita llevar cuerpo de coros, orquesta y escenógrafos con otros empleados; mientras que en nuestro país hay las tres cosas tan buenas como en Europa, y que están amaestradas con las magníficas compañías que periódicamente llegan y que ponen las óperas de más aparato y dificultad.

Conque, como iba diciendo, llegó la barca de los cantantes, bailarinas y toda la turba que los acompañaban; atracó al costado del vapor y acto continuo, comenzaron á salir y á inundar el buque en medio de la mayor confusion y vocerío en el que se confundían las voces

de los sopranos, con las de los contraltos, tenores, barítonos y bajos, saliendo entre ellas, de vez en cuando, la cascada de alguna de las mamás y la chillona de los pericos, que sin duda alguna, venían dos por persona.

Los pasajeros que habíamos tomado posesion del vapor con anterioridad, presenciábamos el desembarco desde la barandilla de cubierta, y reímos de la figura heterogénea y extraña de tanta muchacha, cotorra, viejas y hombres, que iban vestidos cada uno de fantasía, llevando emboltorios, perros falderos, loros, pájaros, y que sé yo; pero creo que hasta culebras.

Tomaron posesion de los camarotes y demás localidades, casi por sorpresa, invadiendo hasta los ya tomados.

Sobre este particular, yo formé parte con otros despojados, que andábamos tras los camarotistas y el contador, alegando nuestros derechos de antigüedad, porque los invasores nos amenazaban con una noche de perros, durmiendo sobre una banca ó en la cubierta, y el

equipaje lanzado fuera de nuestro cuarto; mientras una degradada bailarina ó un corista disfrutaban á sus anchas del mejor.

Y es el caso, que el empresario, como habia tomado el vapor casi por entero, acomodó su compañía en primera, en segunda y en proa, y lo mismo en la mesa, á la que concurría desde la primera dona y artistas más encopetados, hasta la bailarina y último corista.

Habia tres mesas en cada comida; pero eso sí, íbamos á la primera los que habíamos tomado nuestro pasaje íntegro y con anterioridad: por supuesto, que en la emergencia en que el vapor se hallaba por la mucha gente que iba y ser la mayor parte perteneciente á la compañía, que tenia sus localidades en conjunto, se invirtió el orden que generalmente se guarda en todos los vapores, se omitió la division inmutable de clases, aseo y distincion y todo el mundo iba mezclado, y los italianos silbaban, cantaban y cometían otras bar-

baridades en la mesa, como si estuvieran en una taberna.

Los pasajeros que no pertenecíamos á la compañía, nos divertíamos grandemente y sacábamos partido de todo, riendo en los bigotes de multitud de esos tipos extravagantes y ridiculos que no faltan en esas reuniones heterogéneas de gentes de todas las naciones y especialmente de franceses é italianos, que en todas partes hablan por diez y meten una batahola infernal.

Pero nuestra curiosidad y crítica se fijaba mas bien en las bailarinas y coristas, que eran el populacho de la reunion, en el que iban coscolinas y coquetuelas con el peinado del burro, que les tapaba los ojos y alguna vez hata la nariz; el vestido exageradamente estrecho, con la moda llevada á la exageracion.

Un grande amigo mio, Eduard de Foster, Doctor inglés, y yo, gozábamos grandemente con tan singular conjunto de tipos: iba allí una rubita italiana con el pelo tirado en desorden sobre

la cara, á quien distinguíamos por la *mechuda*: otra que llevaba unos tacones desmesurados, por la *zancuda*, y así otras.

Algunas noches las pasábamos en el Paraíso, nutridos de armonía, porque despues de comer, fumar, tomar el café rodeados de sílfides, coquetillas, caricaturas y algunas viejas desmoladas, los coristas nos regalaban los oídos, formados en círculo sobre cubierta, entonando coros de las mas lindas y escogidas óperas.

Los pasajeros y la tripulación rodeábamos á los coristas, formando bellísimos grupos, iluminados en parte por la luz de los faroles, en parte confusos entre una penumbra misteriosa, mientras que por entre los mástiles, las jarcias y alguna vela atravesada, se veía un trozo de cielo de estrellas y á los lados el mar inmenso quieto y sosegado.

¡Ah, María! figúrate cuánta emoción produciría en todos los que allí íbamos, la presencia de las maravillas de la naturaleza, saturadas, digámoslo así, de

la armonía de los coros sublimes que, sin ser acompañados de la orquesta, formaban unos orfeones encantadores.

Las prima-donas, que eran varias, se manifestaron desdeñosas en todas las noches que duró el viaje hasta Río Janeiro porque no tuvieron la galantería de hacernos gozar de las modulaciones de su garganta; no entonaron un solo coro ni una cavatina.

Pocas eran las noches en que los coristas no tuvieran la amabilidad de hacernos oír su voz y cuando lo verificaban, el capitán y otros pasajeros los obsequiaban con buenas botellas de champagne y cerveza.

Por fin, amaneció el lunes 14 y desde bien temprano, se veía á todo el mundo, arreglando sus equipajes para saltar á tierra, pues pocas horas despues llegaríamos á Río Janeiro.

Comenzaron á descubrirse las alturas que dominan la ciudad, y sobre todas, el Pan de azúcar y el altísimo cerro del Corcovado con un mirador en su cúspide.

Conocidas son las emociones que se experimentan al irse aproximando al puerto, cuando se van mirando las islas, las montañas y otras señales que indican su proximidad, y mas cuando los pasajeros han estado encarcelados en el estrecho recinto de un buque, tomando una comida que rechaza su paladar y acaso enfermos del mareo ó despues de traer la vida en un hilo por el mal tiempo que han traído en el mar, cuyos senos ha visto abiertos mil veces para tragarse el vapor. Esas emociones, repito, se pintan visiblemente en la fisonomía de todos los viajeros que, cada cual sobre cubierta, llama la atención de sus compañeros por la aparición de una vela que se divisa en lontananza, de un cerro conocido ó de las primeras casas de la poblacion en la que pocas horas despues se posará la planta.

Este placer es doblemente grato cuando el lugar donde se tiene que llegar es la patria ó alguna ciudad que se visita por primera vez y de la que se han

oído elogios infinitos y se han leído de ellas reminiscencias en la historia.

A las seis de la mañana, se distinguió mas la altura de los cerros mencionados: el Pan de azúcar guardaba como un centinela la entrada izquierda de la hermosa bahía de Rio Janeiro, elevando su cúspide hasta las nubes y bañando su planta en las olas del mar.

Positivamente este cerro tiene la forma del objeto que hemos dicho, y una pequeña inclinacion hácia la parte occidental, siendo su aspecto grandioso y severo, así como el del Corcovado que un poco atrás y hácia el Noreste parece que asoma su cabeza sobre la de su compañero, porque es aún mas elevado y ciñe con su falda occidental toda la poblacion.

Despues de contemplar la gran mole del Pan de azúcar al pasar por su frente, se vuelve la vista hácia el Norte y se dilata sobre la grande extension y redondez de la bahía comparable á la de Constantinopla, la que contiene en su centro, multitud de pequeñas islas

pobladas de edificios y fábricas: á la izquierda, mirando al Oeste, los mil y mil edificios y torres de la gran ciudad alternando con los mástiles y chimeneas de los vapores y buques de todas dimensiones surtos en el puerto y á la derecha y frente, las poblaciones de la contracosta rodeadas de cerros de bonitas líneas y de las que cruzan constantemente vapores de río semejantes á palacios ambulantes que llevan multitud de gente desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche.

La hora en que llegamos al centro de la bahía, no podía ser mas poética, pues eran las seis y media, cuando el sol envía sus rayos color de rosa sobre los edificios, vapores, islas y cuanto objeto se abarcaba con la vista; este conjunto bañaba el alma de un consuelo indefinible y hacia probar delicias que ni la pluma ni la palabra pueden describir.

Atracó el "Congo" finalmente, y los pasajeros nos atropellábamos unos á otros para saltar á tierra en medio del

bullicio de los centenares de cocheros, dependientes de hotel, cargadores y otra multitud de curiosos que formaban una masa compacta y obstruía el paso á los que salíamos.

Comenzamos á penetrar á las primeras calles de la ciudad, y algo disminuyó entónces nuestra ilusion por ella, en vista de la estrechéz de aquellas y no muy limpias: á poco llegamos frente á un gran edificio con un rótulo en su frente que decia: "Alfandega;" yo me quedé en ayunas, con algunos de los compañeros, del significado de aquel letrero; pero entónces pregunté á un individuo cuál era, y aunque me habló en portugues, del que no entendia yo una palabra, saqué en consecuencia por algunas frases y por las cargas y otros vestigios que allí habia, que era la Aduana. Seguimos nuestro camino, mejorando el aspecto de las calles y ya muy llenas de comercio, aunque siempre estrechas, y llegamos al hotel del Comercio, donde nos instalamos el Sr. Foster y yo.

Mas como te habrás fatigado con la lectura de esta carta, suspendo mi narracion para comenzar en la siguiente la que te haga de la ciudad.

Adios, María.

Rio Janeiro, Junio 18 de 1880.

QUERIDA AMIGA MIA:

Estos cuatro dias los he empleado en recorrer la ciudad, y en efecto, corresponde en un todo con las noticias y descripciones que algunas personas me habian hecho de ella.

Como ciudad por sus edificios, paseos y su movimiento comercial, creo no equivocarme al suponer que Rio Janeiro, es una de las primeras de Sud América; solamente las calles centrales, por